

Dr. Rodolfo Oroz

Goethe

SEÑORAS, SEÑORES:

Todo el que cumple ampliamente con su tiempo lleva en sí un núcleo de eternidad. Eso es lo que ha ocurrido con Juan Wolfgang Goethe cuya obra en todos sus aspectos lleva vigorosamente impreso el sello de la actualidad perenne.

Cualquiera apreciación de la vasta y compleja labor intelectual de Goethe, bien se la considere en su impresionante conjunto o bien en algunos de sus diversos e interesantísimos aspectos, con el propósito de hacer el panegírico del más alto de los ingenios alemanes, hubiera sido extemporánea y necesariamente muy extensa.

Por eso nos limitaremos a trazar en escueto bosquejo algunos contornos, momentos culminantes de la vida intelectual de ese privilegiado del genio, expresión fiel de su raza, de su pueblo, de su momento histórico, del que dió abrigo en su alma a tantas grandes ideas y sentimientos profundos, interpretados en obras maravillosas.

Estudiando la vida y la obra de hombres eminentemente activos y representativos como Goethe, no sólo se estudia también la historia de Alemania en el último tercio del siglo XVIII y los primeros decenios del XIX, sino que además pueden conocerse mejor y explicarse claramente muchos hechos e ideas que caracterizaron dicho período y puede llegarse con mayor facilidad hasta las causas superiores, que difícilmente encontraríamos de otro modo, ateniéndonos, como suele hacerse, a la estricta apreciación de los sucesos y prescindiendo de las individualidades superiores del momento.

Pero este concepto de hombre representativo en que convergen características de relieve histórico, maneras de ser, de pensar y de actuar de

toda una época, es un juicio excepcional que supone una personalidad extraordinaria.

Cualidades de ese valor y significación coexisten en Goethe: su vigor y salud intelectual, su cerebración robusta, el prodigioso equilibrio de sus facultades han hecho que su vasta obra literaria llegara hasta nosotros como reliquia preciada y venerable del esplendor pasado.

Su actividad es extraordinaria; se extiende a los más diversos sectores de la vida intelectual: a la Literatura, al Derecho, a la Historia, a la Política y a las Ciencias Naturales, imprimiendo a todo lo que le ocupa un sello personal.

Nacido en una ciudad libre, en un país de pensadores, vástago de una familia distinguida, rica e influyente—su padre fué jurisconsulto y consejero imperial—, libre de todas las preocupaciones materiales, pudiendo dedicarse sin obstáculo alguno a los estudios de su gusto, se dejó guiar por la estrella de su destino que ascendía en vuelo rápido y triunfador sobre el horizonte espiritual de Alemania.

Conquista sin esfuerzo la gloria, todos los honores públicos y la amistad de las personalidades más eminentes de su época. Así llega a los 26 años a la Corte del Gran Duque de Weimar como consejero, luego asciendo a Presidente de la Cámara y a Ministro a los 33 años. Lo vemos unido en amistad con espíritus tan selectos como Federico Oeser, pintor, grabador y escultor de amplia cultura, de Juan Teófilo Herder, célebre teólogo, filósofo y filólogo, de Merck y otros, quienes influyen decisivamente en el desarrollo intelectual del joven poeta.

Su época es en la historia la más grandiosa en que se pudo nacer y vivir, época caracterizada por importantes corrientes modernas. Goethe es contemporáneo de Kant, de Rousseau, de Voltaire, de Federico el Grande y de Napoleón.

Desde los primeros días de joven estudiante en la Universidad de Leipzig vemos su pensamiento traspasado de curiosidades y de criticismo, de independencia y de inquietud.

Tres odas y una docena de cartas dirigidas a un amigo revelan de golpe a un adolescente en que sus contemporáneos adivinan la chispa del genio. En el lirismo arrebatado de sus primeros poemas se reflejan las tempestades de su juventud. Esencialmente subjetivo, expresa sus emociones como se incuban en su alma, sin reservas ni artificios.

Sus poesías amorias recorren todos los estados del alma enamorada, todos los encontrados afectos que las vicisitudes de la pasión pueden suscitar. Halla motivos en la constante agitación de su pecho para las más variadas emociones, de sufrimientos y alegría, de duda cruel o de certidumbre grata, de conformidad, desdén o desesperación.

Su poesía lírica, sobre todo sus lieder en que palpitan sentimientos hondísimos y delicados, son una serie de vívidos cuadros imposibles de olvidar por quien una vez los vió.

¡Quién no recuerda los delicados poemas como «Heidenröslein»: *Sah ein Knab ein Röslein stehn, Ich ging im Wald so für mich hin*, «Der Musensohn»: *Durch Feld und Wald zu schweifen*; «Rastlose Liebe»: *Dem Schne, dem Regen*

dem Wind entgegen..., *Schäfers Klage lied: Da droben auf jenem Berge...*, etc. *Ueber allen Gipfeln ist Ruh...*, creaciones todas ellas de las más selectas de su musa; versos cuya suavidad y armonía le han conquistado la palma de la popularidad.

Después de varios ensayos que en su mayoría quedaron en fragmentos y en que buscaba inspiración en la antigüedad clásica: Prometeo, Sócrates, César, son los títulos de grandes proyectos, publica a los 23 años el *Götz de Berlichingen*, que es la única obra dramática de Goethe que obtuvo gran éxito a su aparición. Es indiscutible la influencia de Shakespeare. El autor envía la obra a Herder quien la critica severamente. Goethe se convenció de los defectos de que adolece el *Götz* y revisa el manuscrito, lo corrige y lo pule, suaviza la forma y el fondo, suprime episodios y da mayor unidad a la acción. Pero a pesar de dos refundiciones, la obra no resultó muy teatral. Sin embargo, este drama, que es un cuadro brillante de la situación social de Alemania en el siglo XV y de las violencias de los señores feudales, fué considerado por la juventud alemana como un verdadero manifiesto en torno del cual se afiliaron todos los que deseaban dar a la literatura alemana la independencia y originalidad que le faltaban.

Habiendo terminado sus estudios de Derecho, el joven doctor en Leyes ejerce un tiempo la profesión de abogado para satisfacer los deseos de su padre. Pero Goethe no tenía verdadera vocación para la abogacía. No era gran orador, no supo convencer a sus adversarios, no era luchador ni buscaba el triunfo en esta clase de actividades para la cual le faltaban las condiciones fundamentales. Goethe aborrecía todo lo que era fórmula, en fin, toda la pedantería de los procedimientos jurídicos. Así empieza un día un alegato en estilo poético como un verdadero rapsoda; su adversario, naturalmente, se ríe de él. Goethe se enfurece, se acalora la discusión hasta que los jueces ponen término al incidente con una censura para ambos abogados.

El destino quiso que en su juventud un tanto turbulenta se enamorara Goethe sucesivamente de cinco mujeres, de las cuales cuatro no ha podido conquistar. Goethe nunca fué un seductor, un Juan Tenorio, como algunos han creído; nunca lo vemos orgulloso de sus conquistas y aventuras amorosas—aunque su temperamento impetuoso a veces lo arrastrara por un torbellino de los sentidos.

Su sentimiento artístico era demasiado vivo y sincero para no rendir tributo a la belleza femenina donde quiera que la encontrase y así en cada importante período de su vida un nuevo amor viene a embellecerla.

Una pasión ardiente aunque breve absorbe también a Goethe cuando se pone a escribir su primera novela. Sin esbozar previamente el plan compone en cuatro semanas *Los sufrimientos del joven Werther*, a quien una pasión desgraciada conduce hasta el suicidio.

Es tan grande la semejanza entre las cartas de Goethe y las de Werther hasta en cuanto a fecha y puntuación que es indudable que en la primera parte del libro el alma de Werther es el alma de Goethe.

Admirado y espantado a la vez quedó el joven autor de 25 años ante un éxito tan inmenso que no había soñado nunca y que no ha vuelto a obtener otra vez.

Para la mayoría de los europeos Goethe quedó por más de 50 años sólo el autor de *Werther* y este hecho es muy explicable. Pues, como dijo una vez un conocido crítico «el arte que dispone de instrumento de expresión tan flexible y plástico como la palabra, el espejo más fiel del mundo físico y moral, para influir en un organismo social debe palpitar con el corazón de la generación de que es miembro el artista, vivir la vida de los ideales de su tiempo, compendiar en su espíritu las corrientes de afectos más importantes que se agitan a su alrededor.»

He aquí la prueba de esta verdad. Pues, *Werther* que vino a confirmar un estado característico aunque enfermizo de la época, un sentimentalismo por el cual pasó Goethe rápidamente, produjo una gran conmoción en la sociedad, ejerciendo una influencia muy dañosa en sus lectores: todo el mundo viste de repente a la manera de Werther, con frac azul y chaleco amarillo, se llora mucho y no pocos terminan sus días románticamente como Werther con el suicidio. En Alemania aparecen 16 ediciones de esta novela, más todavía, en Francia e Inglaterra; se traduce a casi todos los idiomas europeos; la obra llega hasta el lejano Oriente, luego se dramatiza y sirve de modelo a muchas obras.

Para Goethe es este un período de intensa labor, de vastos proyectos, pero al mismo tiempo de grandes inquietudes. Temprano se manifiesta en el alma de Goethe un marcado dualismo. A los 18 años cuando atraviesa por una honda crisis psíquica, su interior representa un verdadero caos de sentimientos opuestos; se mueve siempre entre dos extremos: moralidad y cinismo, voluptuosidad y contemplación, locura y reflexión.

Este desdoblamiento de su alma que tiene tanto de Fausto como de Mefistófeles, se refleja naturalmente en sus obras, pero nunca en una sola figura, sino que los diversos matices de su compleja vida íntima necesita de varios antagonistas, aún en papeles de mujeres encontramos rasgos de Goethe. Y esta es quizás la razón más profunda de por qué este poeta de sentimientos esencialmente líricos y épicos, se sirviera tan a menudo de la forma dramática. En años de graves conflictos interiores recurre al diálogo para expresar lo que emociona su alma. Así nacen también «Clavijo», «Stella» y la primera concepción del «Fausto».

Desde los años de Estrasburgo en que compuso las delicadas poesías dirigidas a Federica Brion, en que daba forma al vigoroso «Götz de Berlichingen», en que meditaba sobre el gigantesco tema de «Prometeo» y en que sufría los dolores del sentimentalismo de «Werther» hasta la época en que produjo *Ifigenia*, de corte y sabor clásico, y las mesuradas obras en prosa y verso de los años siguientes, parece que media un camino muy largo.

Se podría dudar que el autor de la segunda parte del *Fausto* fuese el mismo que escribió los fragmentos del *Fausto* en su forma primitiva. En efecto varios historiadores de la literatura alemana creen haber no-

tado un cambio de estilo en el transcurso de la larga evolución literaria de Goethe.

Dicen que en Estrasburgo Goethe había logrado comprender el verdadero alcance del arte y carácter alemán, que sentía y admiraba en lo gótico la genuina expresión del alma alemana, que ese era el período de profundo nacionalismo de Goethe. Pero que más tarde se había arraigado en su espíritu el gusto clásico. Y este helenismo que se manifiesta en el estilo de Goethe después de su viaje a Italia era un hecho lamentable.

Esta opinión, indudablemente interesante, es, sin embargo, algo superficial. Pues, lo que impulsaba a Goethe que emprendiera el viaje a Italia y estudiara la antigüedad clásica fueron esencialmente razones estéticas. El poeta y pensador del brumoso Norte, donde veía la naturaleza bajo un prisma sombrío, necesitaba como compensación y complemento la clara luz de los países del Mediodía, sumergirse en la contemplación del nuevo aspecto en que se le ofrecía la naturaleza mediterránea y el arte de la antigüedad. Lo que Goethe buscaba no eran propiamente las formas griegas en sí, sino el sol, la luz transformada en obra plástica. El viaje a Roma fué de un inmenso valor para Goethe, significó para el autor una renovación psíquica. Ese amor a la antigüedad que fué una irrisistible tendencia de su alma, la admiración principalmente por Homero, es también la fuente de inspiración del encantador idilio *Hermann y Dorotea*, episodio poético de la historia de Alemania, obra de poderosa imaginación plástica, de forma escultural griega, majestuosa y rotunda.

Esta epopeya, que le granjeó los más grandes aplausos, constituye para la mayoría de los alemanes una obra que encarna el carácter típicamente alemán, pero, según las propias declaraciones del autor, no ha sido sino un ensayo formal, estilístico, con que ha querido imitar el ejemplo de Voss—famoso traductor de Homero—escogiendo un tema moderno. Sin embargo, el ritmo de este poema ha quedado siempre extraño para el pueblo alemán. Ni la gran maestría de un Goethe ha podido vencer las dificultades que ofrece el hexámetro para la lengua alemana.

Al nombre de Goethe estará eternamente asociado el de Schiller. ¡Goethe y Schiller! Dos caracteres opuestos que descubren las afinidades de su genio y se unen en amistad íntima y cordial hasta la muerte.

Merece recordarse aquí un acontecimiento que caracteriza claramente la divergencia de sus espíritus. En el verano de 1794 asistieron Schiller y Goethe a un Congreso de naturalistas en Jena; salieron juntos de la asamblea y en el camino entablaron una interesante conversación. Estaban en desacuerdo con los naturalistas en el modo de estudiar la naturaleza; el método empleado por la ciencia especializada que en forma incoherente despedaza y analiza el objeto de investigación, no podía satisfacer a estos artistas animados de principios encaminados hacia una síntesis general de todas las cosas. Así observaba Goethe que debía existir una especie de arquetipo de una planta única de la cual derivasen todas las demás. Schiller, espíritu profundamente filosófico, dijo entonces: «Eso ya no es experiencia, esa es una *idea*.» Goethe que no esperaba una objeción de esta

naturaleza, contestó algo enfadado que no se había dado cuenta de que tenía ideas, pero que le agradaba saberlo y más todavía el poder verlas. Esta contestación de Goethe corresponde exactamente a su manera especial de enfocar los problemas que ofrece el mundo visible. Y en este punto Goethe ejerció una influencia notable sobre Schiller en quien trató de corregir lo que su subjetivismo tenía de exclusivo. Le hizo ver el peligro que envuelve el perderse enteramente en la contemplación del mundo ideal que no existe sino como visión del pensamiento y de la imaginación. Lo llevó a una estética basada en la observación de la realidad exterior, lo llevó de la razón pura a la razón práctica, a que no renunciara a la objetividad, la única actitud apropiada, a juicio de Goethe, para la creación intelectual. Schiller, por otra parte, enseñó a Goethe a contemplar las diversas fases del hombre interior. Dijo Goethe una vez, dirigiéndose a su amigo: «Usted me ha dado una segunda juventud, me ha hecho volver a ser poeta en un momento en que había dejado de serlo casi enteramente.»

Por la amistad de estos dos hombres eminentes se habían unido en armonía los dos extremos: el idealismo subjetivo y el realismo objetivo, la filosofía y la ciencia natural, el mundo interno y el mundo externo.

Para Goethe no existió sino una sola fuente de conocimientos, o sea el mundo empírico, el cual encierra el cosmos de las ideas. Goethe así como Schiller aspiraban a una síntesis, a la unidad y totalidad en sus conceptos filosóficos. Este completó la especulación filosófica con el mundo empírico de la historia, aquél orientó su vida interna conforme a la naturaleza: y los dos hallaron la objetividad y el sentido plástico en las formas del arte helénico.

De modo que el estudio de las ciencias naturales no era una simple entretención para Goethe, sino que tenía su fundamento psíquico. El mismo nos dice, por ejemplo, en el conocido poema sobre la *Metamorfosis de las plantas* que lo que él busca detrás de las formas perceptibles es una ley secreta, la ley común de la estructura de las cosas, Goethe busca un «enigma sagrado», la fuerza operativa de la naturaleza, el dios creador.

Fué la influencia de Herder la que llevó a Goethe a estudios más intensos de las ciencias naturales. A raíz de muchas conversaciones con Herder acerca de la historia del género humano, Goethe se puso a reflexionar sobre los grandes problemas que planteó el profundo pensador. Y con devoción de iluminado se consagra al cultivo de la historia natural, y contempla la naturaleza, la adivina y la ama.

Y luego fué la filosofía de Espinoza la que le confirmó su idea de la unidad que él llamó Dios-Naturaleza, o como decían los griegos *θεοκαίαν*. Para él Dios y el mundo son una misma cosa. Y es así que hay que entender esa confesión panteísta de Fausto cuando dice a Margarita: «¿Quién será el que se atreva a darle nombre y a decir: «Creo en El»? ¿Quién osará pronunciar esas palabras «No creo»? El que lo abarca todo, lo sostiene todo, ¿cómo puede no existir si nos da la vida a tí, a mí y aún a sí mismo? ¿No sostiene El la bóveda celeste? ¿No se extiende aquí abajo la tierra? ¿Y no suben centelleando amistosamente las eternas estrellas? Al fijarse

mi vista en la tuya, ¿no se acongojan tu cabeza y tu corazón, y no flota en derredor tuyo eterno e invisible misterio? Llena tu corazón, por grande que sea, con este misterio, y cuando sientas su plena bendición llámala como quieras. ¡Llámala felicidad! ¡corazón! ¡amor! ¡Dios! Yo no le he dado nombre. ¡El sentimiento es todo! ¡El nombre no es más que sonido y humo, una niebla que vela el resplandor del cielo!»

Este es el sentimiento con que se halla Goethe frente al mundo exterior. Dice que una mirada a la inmensa variedad del mundo externo es el mejor remedio para un alma triste y sombría.

Pero en esta multiplicidad de los fenómenos ve Goethe a la vez la unidad, aquella ley secreta, el orden divino, en una palabra: Dios.—«¡Con cuán grande placer veía yo a Dios en la naturaleza desde que estaba seguro de llevarlo en mi corazón!», dice en las *Confesiones de un alma bella!*

En ese intercambio entre lo externo y lo interno, entre unidad y pluralidad; en esa armonización del mundo externo mediante un interior que busca siempre una feliz combinación y buena correspondencia entre las partes antagónicas, en la tranquilización de un alma inquieta mediante el ritmo de la naturaleza consiste la concepción del mundo a que finalmente llegó Goethe.

En él buscan una unión íntima las ideas y la experiencia, el espíritu y la naturaleza. El trata de dar forma rítmica a todo, de librar de las pasiones turbulentas el mundo de sus ideas, para convertirlo en un mundo regido por las leyes de la belleza y sabiduría.

Es esa la grande armonía que Goethe buscó y que halló en Carlota von Stein, aquella mujer que supo moderar su pasión y sus ímpetus.

Y como vemos a Goethe luchar por la sabiduría, el amor y la belleza, así vemos a Fausto empeñado en una lucha semejante. Pues el *Fausto*, «molde en que el poeta vació toda su alma», es la propia vida de Goethe; no es un poema abstracto, de ideas, imágenes y alegorías; sino que es la realidad, es poesía verdadera, es sangre del corazón, es en todas las partes esenciales un poema vivido, como todas las obras de este poeta no son sino «fragmentos de una grande confesión», pues su criterio constante era poetizar los asuntos personales de su existencia. Pero a lo personal e íntimo une Goethe en su obra lo universal y eterno.

Así el *Fausto* es el drama del hombre interior, de la lucha y desarrollo del alma y del espíritu, el poema del genio que para su ansia de vivir, sus luchas intelectuales y morales buscó una medida, una ley, un ritmo para no perderse en el torbellino de la vida, cuyo sentido es un enigma que hay que descifrar.

«La inquietud le devora; conoce a medias su locura; pide a los cielos las más hermosas estrellas y a la tierra los más sublimes regocijos, y ni cielo ni tierra, ni lo que está cerca ni lo que está lejos, bastan a satisfacer su corazón profundamente agitado». (Prólogo en el Cielo).

«Para ese estado de ánimo Fausto es, como dijo González Serrano,

la expresión artística de la eterna posición de la conciencia humana, que en su flujo y reflujo entre lo real, que no le satisface, y lo ideal, que no alcanza, semeja algo más grande que el cielo estrellado y más sublime que el aspecto del mar.*

Así es Fausto y así era Goethe.